

Por una ética de una práctica singular

Jean-Marie Fossey

El psicoanálisis no es una ciencia, es una práctica.

Lacan, 2 de diciembre de 1975

Instituto Tecnológico de Massachusetts

Al final de su seminario sobre la ética, Lacan se interroga sobre la razón de una demanda de análisis. ¿Qué se puede pedir al analista? Responde sin rodeos: la felicidad. Tal compromiso aceptado no carece de consecuencias éticas. En una travesía de esta relación al inconsciente, a esta cuestión de la felicidad en el corazón de la demanda de curación, ¿qué promesa puede dar el analista? Nada más que su deseo. Un deseo inédito, un deseo advertido, un deseo del Otro orientado hacia el saber. Un deseo ligado a ese famoso imperativo lacaniano de "no ceder a su deseo".

Lo sabemos, la ética no se reduce a una simple cuestión de moral o de normas sociales. Conciérne a la manera en que el sujeto, en análisis, se posiciona en su relación a su deseo y a su goce. La ética en psicoanálisis, la ética del psicoanalista, posiciones que no debemos dejar de cuestionar, y tal encuentro de varias asociaciones analíticas es un momento único para retomar esta cuestión.

Quisiera pues, en primer lugar, en nombre de la Fundación Europea para el Psicoanálisis, saludar este congreso, un acontecimiento mayor para el psicoanálisis. Se han reunido más de treinta asociaciones de todo el mundo, lo que sin duda es una proeza cuando sabemos que nuestra disciplina tiene la particularidad de contar con varias instituciones en cada país. Esto no deja de dar lugar a enfoques plurales, a veces incluso a divisiones sobre puntos doctrinales. Las numerosas escisiones que hemos vivido en el seno de una misma asociación, o entre sociedades, los conflictos, las rupturas, dan fe de ello. Cuando no es así, queda otro camino, el del ideal de grupo, donde el riesgo de ideologización es grande. Con, como nos recordaba Maud Mannoni, sus víctimas sacrificiales, sus violencias, sus tiranías. Se podría pensar que, con la experiencia del análisis, los analistas estarían más capacitados para detectar las cuestiones en juego, y en particular las vinculadas a las tensiones, los conflictos de estatus y las rivalidades de poder. Pero hay que constatar, a la luz de la historia del psicoanálisis, que no es así, y que *la frêrocité*, por utilizar la buena palabra de Lacan, nunca está muy lejos. Por no hablar de lo que nos recordaba Jean Clavreul en un texto titulado *Ética*: "Las sociedades psicoanalíticas se comunican mal entre sí y acaban adoptando un lenguaje propio, que funciona en última instancia como un metalenguaje accesible sólo a los iniciados y que se convierte así en un lenguaje de dominio." Pero... en *L'Eau et les Rêves*, Gaston Bachelard escribió que "En la batalla del hombre y el mundo, no es el mundo el que ha empezado". Así que esperemos que el hombre, y para este congreso, el psicoanalista, sea capaz de tomar iniciativas, de hacer uso de sus conocimientos, de su creatividad y de su perseverancia para superar los retos. Para este evento, compartir, enriquecerse y por qué no discutir, argumentar en el noble sentido de la *disputatio*, piedra angular de la transmisión y producción del conocimiento. Por ello, quiero agradecer calurosamente al movimiento Convergencia, iniciadores y organizadores de este congreso por permitirnos este fructífero momento de encuentro.

En el marco de estas presentaciones institucionales, me resulta difícil situar mi intervención como el resultado de la orientación política que nuestra asociación ha tomado en los últimos años. Por lo demás, me gustaría subrayar que, en la línea de las propuestas de Gérard Pommier y de algunos otros, la FEP ha apoyado, defendido y se ha comprometido, a través de sus

iniciativas, a situar la cuestión de lo femenino reprimido y de la violencia contra las mujeres en el centro de sus trabajos, de sus coloquios y de sus escritos, a restaurar la centralidad de lo que estructura a un sujeto, la prohibición del incesto, y a denunciar la creciente hegemonía de las neurociencias.

Entre todos nuestros trabajos en relación con el tema de este congreso, he optado por retomar dos puntos éticos a menudo debatidos en torno a la autoridad del saber.

Sabemos que no existe un saber universal. Freud y Lacan nunca dejaron, en sus enseñanzas, de cuestionar, de pensar, de sacudir el psicoanálisis y sus conceptos. Así, en 1937, Freud escribía: "*el análisis no trabaja con poderes ilimitados, sino con poderes restringidos*", recordándonos que el inconsciente se define como un saber no sabido.

La cura nos hace pasar del amor al saber al deseo de saber. Y es sin duda de este deseo de saber de lo que se nutre la enseñanza del psicoanálisis. La *transferencia de trabajo*, diría Lacan, subrayando hasta qué punto este deseo es el motor de una enseñanza posible de un sujeto a otro. Con esta ética de la transmisión, un saber, como lo ha sido siempre en la F.E.P., cuestionado, lejos de todo saber absoluto. Y así dejar su lugar a un psicoanálisis que se vincula a lo inesperado, a la teoría aguas abajo y no aguas arriba de la clínica. Una teoría como ficción, para que no se convierta en una defensa contra lo que dice el sujeto, condición esencial para que emerja algo del inconsciente.

Siguiendo los pasos de Lacan, en la FEP seguimos defendiendo que el psicoanálisis no tiene por qué ocupar su lugar entre las ciencias, pero sin ignorar la idea que la ciencia tiene del psicoanálisis. Y esto no es tarea fácil. Hay que tener en cuenta que son muchas las voces que se alzan para cuestionar esta práctica de más de un siglo. Una práctica que hizo decir a una de las figuras más eminentes de la literatura europea de la primera mitad del siglo XX, Thomas Mann, que el descubrimiento freudiano, el del inconsciente, una vez descubierto, "nunca podría volver a desaparecer".

Y sin embargo, por no citar más que una de esas voces, hace muy poco un neuropsicólogo, profesor en el Collège de France, insistía en que "desgraciadamente, en Francia hay una enorme influencia residual del psicoanálisis (...). Hay que saber que es una teoría antigua. (...) Ha sido superada por los recientes descubrimientos de las ciencias cognitivas y las neurociencias. (...) Ustedes conocen todo este batiburrillo de teorías, y siento decir que en este campo nuestro país tiene que superar este estado de cosas y ser capaz de tener en cuenta los datos de las ciencias (...).

El resultado: una casi forclusión del significante *psicoanálisis* en favor de vías de investigación limitadas a la neurociencia y la inteligencia artificial. En Francia, tras la conferencia de 2021 sobre salud mental y psiquiatría, se han destinado 80 millones de euros a una psiquiatría del futuro centrada en tres ejes de investigación: factores de riesgo genéticos, redefinición de los módulos funcionales implicados en los trastornos mentales y reposicionamiento farmacéutico. Un programa basado en respuestas terapéuticas, centrado en la estimulación transcraneal, la psicoeducación y las terapias cognitivas y conductuales. En nombre de una autoridad del saber, por una parte una salida pura y simple de la importancia del psicoanálisis en los avances de la psiquiatría actual. Por otra parte, una reducción del psiquismo a un funcionamiento orgánico, a un funcionamiento de interacciones químicas. Una orientación inaceptable que equivale a silenciar al sujeto y su deseo.

Por parte de los psicoanalistas, tengamos cuidado de no ceder a los espejismos y al encanto de un saber constituido, o incluso de un psicoanálisis idealizado. En el momento cultural en el que nos encontramos, con la actualidad de la guerra, la criminalidad, la represión estatal, la violencia sexual, la violencia de los insultos y las humillaciones, los psicoanalistas están invitados a aportar respuestas. Se les invita a aportar su lectura, a arrojar luz sobre tal o cual fenómeno

social y político, a veces sin mucha prudencia. Al final, olvidan que se trata de un incurable, Lacan, durante sus conferencias norteamericanas, llegó a decir que "no tenemos manera de saber si el inconsciente existe fuera del psicoanálisis".

No olvidemos que la respuesta freudiana es clara e inequívoca, el psicoanálisis es ante todo una práctica. En 1923 Freud escribía: "Pero también exigimos que quien quiera practicar el análisis sobre otros se someta primero a un análisis". Lacan, por su parte, recordaba en sus *Escritos* "Tanto si quiere ser un agente de curación, de formación o de sondeo, el psicoanálisis sólo tiene un medio: la palabra del paciente".

Hoy es la teoría del género la que divide a los analistas, como lo hizo en su momento con la homosexualidad, el PACS (pareja de hecho), el matrimonio para todos y la homoparentalidad. A raíz de un congreso de analistas, la filósofa y psicoanalista Mathilde Girard escribió en un artículo que el filósofo Paul B. Preciado lanzó "una piedra en el estanque de un psicoanálisis con marcos envejecidos, revelando así la necesidad política de que la disciplina evolucione".

Pero, ¿por qué la teoría psicoanalítica debería rechazar o no la teoría de género? ¿Por qué deberíamos estar a favor o en contra de los movimientos Queer? ¿Por qué tenemos que encontrar, a la fuerza, que esta cuestión ya estaba en germen en la enseñanza de Lacan?

Es necesario que el psicoanalista ocupe un lugar en el lazo social, a través de compromisos y sobre todo a través de la transmisión de este saber que nuestra cura y la de las personas que recibimos nos enseñan. Pero sólo puede tratarse de un saber no cerrado.

Patrick Guyomard, en *Le désir d'éthique*, escribe que "antes de aspirar a lo universal, la ética impone la diversidad de puntos de vista". ¿No deberían nuestras propuestas y discursos seguir siendo hipótesis de trabajo? Hipótesis planteadas por unos, refutadas por otros. Sin perder de vista este imperativo freudiano, lacaniano, de que el psicoanálisis es una práctica regulada por el juego de los significantes de un analizando, una práctica de esta profesión imposible, la del psicoanalista, que acoge la toma de la palabra, más allá de lo que se dice.

Al fin y al cabo, cuando recibimos una demanda de análisis, no recibimos a un homosexual, a un transexual, a un heterosexual... sino a un sujeto que viene a hacer un recorrido para esclarecerse un poco más sobre lo que lo atraviesa, en fin un verdadero trabajo de compromiso para la cura.

Al abrigo de la voluntad de una autoridad de saber, con un discurso sobre el deseo, un trabajo de teorización hecho con nuestros analizados, un deber de mejorar la posición del sujeto, una práctica de caso por caso, una libertad para cada analista con su propio estilo en la dirección del tratamiento, una acogida lo más cercana posible al saber que nos enseñan nuestros analizados, una posición de estar ahí para escuchar la palabra, donde cada analizado pueda convertirse en sujeto según su propia manera de ser, singular, original, ¿no podrían ser estos pocos puntos de referencia una brújula eficaz para una ética en la práctica del psicoanálisis?